
ESCRITORES AREQUIPEÑOS

Alberto Hidalgo

Los Sapos

[Cuento/ Texto completo]

[morada azul]

[Arequipa/09 de marzo del 2014]

[Primera edición en la Colección Artística
Numerada de Autores Americanos Novísimos de la
SOCIEDAD DE PUBLICACIONES EL INCA –
Buenos Aires - 1927]

Los sapos son saturninos.

Los sapos, ensombrecidos en su behetría de la acequia, miran correr el agua con ojos melancólicos, con ojos envidiosos de su libertad, porque el agua corre libre, sin volver a pasar por la tierra que ya humedeció.

Ellos saben que el agua es siempre distinta, que las gotas del momento no son las del instante pasado. Y lloran.

Lloran porque quisieran ser como las gotas del agua que se va, que nadie sabe dónde irán a parar, que son inmortales, partículas de eternidad, átomos de infinito.

Lloran.

Los sapos miran los altos árboles reflejados en el agua pasajera, y les tienen envidia de cómo crecen, de cómo crecen.

Ignorantes de la perspectiva, creen que los árboles tocan el cielo con las hojas de sus copas. Y lloran.

Lloran porque ellos se quedarán eternamente enanos, en tanto los árboles que un tiempo fueron pequeñines tocan ya el cielo con las hojas de sus copas.

Lloran.

Los sapos han visto dibujados sobre el espejo de la fuente hombres, caballos, toros, tigres, toda la fauna; y sienten retorcerse en sus almas el gusano de la envidia, porque los tigres, los toros, los caballos y los hombres no están obligados a vivir en la acequia, bajo el dominio del agua, a la que, para matarlos, sólo le bastaría irse definitivamente.

Lloran.

Los sapos ven todos los días la locomotora rugiente que pasa junto a ellos, a la vera del meandro; y se espantan de cómo puede existir un gusano tan enorme, tan enorme.

Ellos saben que por más esfuerzos que hagan, no podrán avanzar mucho con sus saltitos epilépticos y anquilosos, mientras el tren desafía las distancias con su trompa veloz, y corre, corre rápido,

tragándose a grandes bocados la extensión innumerable. Y lloran.

Lloran.

Los sapos, echados panza arriba sobre la cálida arena, contemplan los albatros, las águilas, los ruiseñores, las golondrinas, todos los pájaros; y les muerde el diablillo de la emulación por cómo bogan, por cómo reman con sus alas en el aire.

Lloran.

Los sapos vieron un día allá en lo alto el paso de un aeroplano. Hacía vuelos de acrobacia. En la prueba del tirabuzón subió de modo que parecía atornillarse en el éter infinito. Se detuvo muy arriba, viró en redondo y partió cara al sol, cual una flecha. Oscureció en el orbe por la millonésima parte de un segundo.

Los sapos sintieron en sus carnes el frío de lo sublime. Y ese día no lloraron.

No lloraron.

Ese día en que los sapos no lloraron, mi abuela —sesenta años —se empeñó en partir. Nadie pudo disuadirla. Ni yo mismo, su nieto predilecto. Lloré, pero mis lágrimas apenas lograron enternecerla. Estaba convencida de la urgente necesidad de su partida, y partió a pesar de todos, por encima de todo.

Aunque la abuela era fuerte y viajes iguales solía hacer con suma frecuencia, aquel día la razón estuvo por completo de nuestra parte. El cielo amenazaba lluvias. Negras nubes teñían el occidente, y de ese lado soplaban frío viento huracanado. No tardaría, afirmaron los entendidos, tres o cuatro horas en producirse diluvio. Pero mi abuela era una india en toda la extensión de la palabra. Quiero decir que era corajuda y valiente. No la arredraban amenazas ni peligros. La tempestad no sólo no la atemorizaba, sino que hasta la seducía. Se sentía en ella, como el pez en el agua, en su peculiar elemento. Igual que el cielo, su corazón tronaba. Por su cerebro cruzaban rayos. Sus ojos no lloraban lágrimas, sino las llovían. En su alma había ruidos hecatómicos y vientos ciclópeos. Todo en su ser era estupendo, de modo que más que un ser parecía una fuerza de la naturaleza. Además, también se gastaba

sus humos de astrónoma. Argumentó en tono profético que o no llovería o el aguacero, a mucho, duraría minutos.

Calzó los pies con sus mejores “ojotas”, lióse una “llyclla”, a la espalda, acomodóse en la cabeza la multicolor montera, cuyo barboquejo aseguró bajo el mentón, dióme un beso en la frente, y se dispuso a la marcha. El lomo del corcel por toda montura, arrancó a galope, cual una amazona.

He dicho que mi abuela tenía sesenta años. En efecto, Oclla Tencco se hallaba en la plena madurez de su existencia, en la mitad justa de su vida, pues, lo menos, le restaban todavía doce lustros de sufrimientos en este valle de lágrimas. La afirmación es lógica. De todos sus antepasados, el que más joven había hecho el viaje sin vuelta, alcanzó a cumplir ciento veintiocho abriles. El viejo Tencco, mi bisabuelo, padre suyo, contaba ciento treinta y uno, y aún subía a su cabalgadura sin ayuda de nadie y participaba en las carreras de resistencia los días de jaleo. Era un yunque Oclla Tencco. El cutis de su cara no tenía arrugas, ni temblor sus piernas, ni flacidez sus carnes. Perfil enérgico. Mirada de águila. Adusto entrecejo. Altivo andar. Erguida, muy erguida la columna vertebral. Los senos altos y erectos apuntando insolentes como gatillos de

revólver, bajo el corpiño próspero. Desnuda, se la hubiera tomado por un bronce vivo, por una estatua. Con eso, y con decir que era un verdadero tipo de su raza, una de sus más fieles exponentes, queda hecho su retrato.

Oclla Tencco corría, corría. Quebradas, llanos inmensos, abruptos desfiladeros, sospechosas encrucijadas, todo lo atravesó. ¡Qué velocidad, qué vértigo! Exhalación en marcha. Se hubiera dicho que orgulloso de su jinete, el potro volaba sobre la tierra como el Pegaso de la fábula. ¡Qué vértigo!

Cuarenta leguas más allá, un hijo de Oclla Tencco agonizaba, enfermo de la picadura de la víbora. Y aunque le habían dicho que el mal era incurable y que de fijo le hallaría cadáver, ella corría, corría, llevando su angustia por todo incentivo, su ternura por todo bálsamo, su amor por toda medicina.

¡Era la madre, la madre de ayer, de hoy, de siempre, en carne y hueso!

3

Tres horas hacía que Oclla Tencco continuaba su carrera, cada vez más firme en su propósito,

acelerando segundo a segundo el anhelo de llegar para arrojarse en los brazos del hijo dolorido. Ya le parecía que no llegaba nunca, que no llegaba.

Ahora galopaba por el camino de herradura. Y se le antojaba interminable. Y espoleaba su caballo.

Pronto le ocurrió pensar que el sendero era de goma, y que un demonio escondido en la maleza lo estiraba, lo estiraba...

El ocaso derramó todo su oro sobre las copas de los árboles.

A los ojos de Oclla Tencco, los árboles se convirtieron en las velas fúnebres, enarboladas por manos invisibles, para alumbrar el paso de un entierro.

A lo lejos, breve cascada destrenzaba sobre la laguna su cabellera de varios metros.

A Oclla Tencco la catarata se le antojó la boca de una bruja que se reía de su dolor con el agua de sus dientes.

Una lechuza luciendo gruesos quevedos de carey graznó sobre su cabeza...

Oclla Tencco masculló una maldición.

El sol se hundió.

De repente se desató la tormenta. Truenos, rayos, granizo.

El caballo, asustado, se detuvo. Oclla Tencco le hincó las espuelas en los ijares. Pero fue inútil. Los pedazos de nieve le caían como pedradas en las orejas, y el animal, atontado por los golpes, las ocultó entre las patas delanteras.

Oclla Tencco, entonces, se apeó y fue a guarecerse bajo un árbol.

Y llovía, llovía.

Oclla Tencco, bajo el árbol, veía caer la lluvia con ojos impacientes, devorado su cerebro por presentimientos luctuosos, saltándole dentro del pecho su corazón de madre.

Muchas leguas más allá un hijo suyo se debatía agonizante, y Oclla Tencco dio en creer que no llovía, que el cielo lloraba, lloraba.

4

Cesó la lluvia. Unas cuantas estrellas iluminaban débilmente el paisaje. Oclla Tencco se dispuso a renovar la jornada. Como montaba en pelo, no podía, por la ausencia de estribos, encaramarse por sí sola sobre el rocín. Echóse a caminar en busca de una piedra, de un tronco de árbol, de un levantamiento cualquiera que le sirviese de escabel. Aunque la luz era escasa, mal que bien, de algo le servían las estrellas. Y Oclla Tencco les envió una mirada de gratitud.

Nada place a los sapos tanto como el relente. El olor a humedad es su delicia. Se diría que lo beben, a semejanza de los borrachos el alcohol, a grandes sorbos, paladeándolo, sesuda, conscientemente. La humedad es el banquete de los sapos. De seguro que hasta se lo ofrecen con discursos, para no ser menos que los hombres. Los días de lluvia son los días de fiesta, los días patrios, los días nacionales de los sapos. En ellos celebran los faustos acontecimientos

cívicos, entregados a la algazara del croar y de la orgía sin freno.

Aquel día, según las nubes cerraron las válvulas, los sapos con brincos gimnásticos y ademanes de bailarinas, salieron de sus acequias, de sus lagunas y de sus charcos. Primero con mesura, luego con frenesí, los millones de sapos en pocos minutos hicieron los honores al suculento convite.

Hartos por fin, beodos, las panzas hinchadas, los pulmones en crescendo, trasudando hedor, iban a entregarse al desborde, al disoluto esparcimiento a que conduce la ebriedad. Pero aquel día los sapos no tenían penas que olvidar, aquel día no lloraron, aquel día sintieron en sus carnes el frío de lo sublime cuando un aeroplano se atornilló en el cielo como un tirabuzón, se detuvo muy arriba, viró en redondo y partió cara al sol, cual una flecha.

Los sapos sacudieron la ebriedad del relente, y en cambio se embriagaron de infinito. Para ser fuertes, para ser libres, para ser del tamaño de los árboles que arañan el cielo con las ramas, se apeñuscaron, unos sobre otros, unos sobre otros, más y más, hasta formar inmensos montículos, vastos pilares, altas columnas palpitantes, elevadas al cielo en un alarde de redención y de conjuro.

Desesperaba Oclla Tencco de encontrar algo que le sirviese de base para escalar el lomo del caballo. Intentó varias veces ganarlo de un salto; pero no pudo. Trató de trepar por el cuello; mas, a causa de lo mojado que estaba, chorreando lluvia todavía, resbaló. Y siguió a pie su camino, la mano nerviosa en la crin echa rienda, husmeando aquí y acullá con los ojos zahoríz lugar propicio a su proyecto

De pronto divisó no muy distante un bulto como de metro y medio de altura por unos ochenta centímetros de ancho. Enderezó el paso hacia él. A la débil luz de las estrellas, no alcanzó a distinguir ni remotamente de qué se trataba. Quizá un tronco olvidado por un leñatero. Acaso piedra puesta para servir de hito a los viandantes. Supuso lo último. Y trató de escalarla. Pero —¡horrible realidad! — apenas se abalanzó sobre ella, la piedra se deshizo cual montículo de arena, y Oclla Tencco cayó de boca. Los sapos lanzaron una croa espantosa, un grito horrendo, salvaje, algo como el aullido de los sapos. Enormes sapos peludos y gordos, de patas gruesas y ojillos reverberantes, grandes como tortugas, sudorosos y pestíferos, saltaron sobre la cara de Oclla Tencco, sobre sus brazos, sobre sus

piernas, bajo sus ropas. Y Olla Tencco quedó muerta. El asco, no el miedo, la mató.

5

Todos los otros montículos de sapos, todos los otros pilares, todas las otras columnas palpitantes, elevadas al cielo en un alarde de redención y de conjuro, oyeron la croa, el grito, el aullido macabro.

Y como la alarma hizo presa de ellos, los sapos, desbandándose en tropelía, redujeron a la nada su obra gloriosa, su pensamiento formidable.

Y echaron a correr sobre la tierra enlodada, sucia. ¡Otra vez a sus lagunas, otra vez a sus acequias, otra vez a sus charcos!

Y lloraron.

Y arrinconados en sus lagunas, en sus acequias y en sus charcos, lloran, lloran, lloran los sapos.

Y seguirán llorando.

Ellos saben que el agua correrá libre, que las gotas de mañana no serán las de hoy. Y lloran.

Lloran porque ellos continuarán lo mismo, con las mismas deformes cabezas, con las mismas patas anquilosas, con las mismas panzas hediondas.

Lloran.

Ellos saben que los árboles seguirán creciendo hasta atravesar el cielo, hasta perforarlo con las puntas de sus copas. Y lloran.

Lloran porque ellos serán siempre tan chicos, tan invisibles, tan poca cosa, que un animal cualquiera, un asno, un hombre, podrá aplastarlos con el peso de sus cascos.

Lloran.

Ellos saben que verán un pájaro gigantesco trepanar el aire como un tirabuzón y partir impertérrito hacia el sol, cual una flecha. Y lloran.

Lloran porque sentirán en sus carnes el frío de lo sublime, y el frío los helará en el rincón de su acequia, sin poder dar pábulo siquiera a la más leve ambición.

Lloran.

Ellos tuvieron un día un anhelo de infinito. Para ser fuerte, para ser libres, para ser altos como los árboles que arañan el cielo con las hojas de sus copas, se apeñuscaron, se montaron unos sobre otros, unos sobre otros, más, y más, y más, hasta formar inmensas columnas, hambrientos de espacio, ávidos de cielo.

Y una fuerza desconocida, un monstruo, un enemigo ignorado, redujo a la nada en pocos instantes su obra gloriosa, su pensamiento formidable.

¡Y lloran!